

# Los que merecen morir

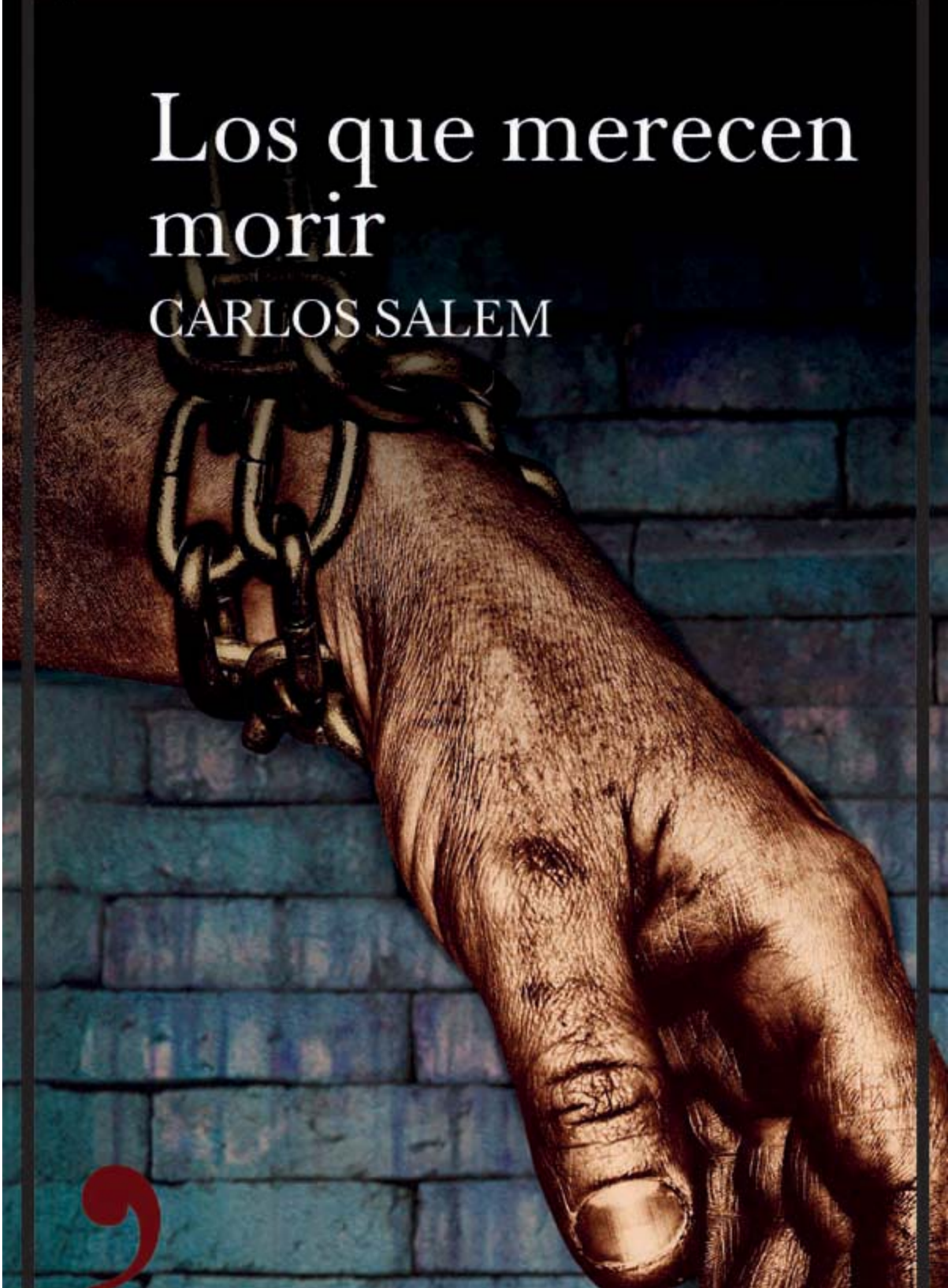
CARLOS SALEM





# Los que merecen morir

CARLOS SALEM





Carlos Salem nació en Argentina y lleva en España «algo más de media vida». Es novelista, poeta y periodista. En narrativa, la novela negra es su campo de acción habitual, aunque como define Fernando Marías: «Salem es un género en sí mismo».

Desde que debutó en 2007, sus obras han sido publicadas en Italia, Alemania y especialmente en Francia, donde goza de gran prestigio.

Ha ganado los premios Silverio Cañada de la Semana Negra de Gijón, Novelpol, París Noir, Mandarache, Internacional Seseña de Novela, Valencia Negra y Violeta Negra, además de ser finalista en varias ocasiones del Dashiell Hammett, o de los Prix 813 y SCNF en Francia. Entre sus títulos destacados: *Camino de ida*, *Matar y guardar la ropa*, *Pero sigo siendo el rey*, *Cracovia sin ti*, *Un jamón calibre 45*, *En el cielo no hay cerveza*, *Muerto el perro*, *Un violín con las venas cortadas* o *El último caso de Johnny Bourbon*.

*Los que merecen morir* es su libro número 40, en el que presenta a Dalia Fierro, Severo Justo y la Brigada de los Apóstoles, a quienes asegura que «voy a seguirles la pista».

«Me llamo Nadie» será lo último que escuchen las víctimas de este asesino sin rostro antes de su último suspiro. Su misión, ejecutar a aquellos que han salido indemnes de sus culpas gracias a las grietas del sistema; pero quizás hay algo más.

La ola de crímenes tiene en jaque a la policía, y para detener a Nadie recurren a Severo Justo, el policía más condecorado y apegado al reglamento, con un pasado singular como sacerdote y que decide que este será el último caso que resuelva antes de suicidarse.

Para atrapar al asesino, Severo reúne un equipo heterogéneo que incluye a Dalia Fierro, una psiquiatra con cuatro doctorados y docenas de voces que discuten en su cabeza, una *hacker* octogenaria y un forense que habla con los muertos.

Pero el asesino se obsesiona con el pasado de Severo Justo y decide incluirlo en sus planes. Nadie está a salvo de Nadie.

Los que merecen morir

,

# Los que merecen morir

CARLOS SALEM

Un caso de Dalia Fierro y Severo Justo

ALREVÉS  
BARCELONA-2021

Primera edición: marzo del 2021

*Para Josep Forment, siempre con nosotros*

Publicado por:  
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.  
C/ València, 241, 4.º  
08007 Barcelona  
info@alreveseditorial.com  
www.alreveseditorial.com

© 2021, Carlos Salem  
© de la presente edición, 2021, Editorial Alrevés, S.L.

ISBN: 978-84-17847-97-5  
Código IBIC: FF  
DL B 2407-2021

Producción del ePub: booqlab

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



*Esta novela está dedicada a Reyes Monje,  
La Reina de Malasaña,  
por tanto que no alcanzarían  
todas estas páginas para explicarlo,  
ni falta que nos hace.*

*Sigo sin creer en el Cielo,  
pero ojalá me equivoque doble  
y además sí que haya cerveza.*

# I

Yo no hablo de venganzas ni perdones,  
el olvido es la única venganza  
y el único perdón.

JORGE LUIS BORGES

# 1

—*My tailor is rich*—imita Rogelio Calzado mientras seca su cuerpo con una mullida toalla blanca.

El vapor flota en el amplio cuarto de baño como una niebla dulce. Rogelio se dice, como siempre que tiene tiempo de tomar una ducha larga y en calma, que en ese cuarto de baño se podría jugar un partido de fútbol de cinco contra cinco, como cuando él era un chaval, allá en Oviedo.

Lo cierto es que cuando era un chaval casi nunca había tiempo para jugar al fútbol, porque había que trabajar. Y cuando por casualidad tenía un día libre, no lo escogían en ningún equipo porque era muy bajito y bastante malo dándole al balón.

«Has nacido con dos pies izquierdos, pequeñín», se burlaban los otros niños, especialmente *el guaje* Miranda, desde su estatura que hacía suspirar a las niñas del barrio, las mismas que a Rogelio ni le dedicaban una segunda mirada.

Como siempre que esos recuerdos se asoman, Rogelio pasa revista a la vida de cada uno de aquellos engreídos. Ninguno llegó a nada. Miranda tampoco. Acabó trabajando en la mina y lleva en paro más de diez años.

Rogelio lo sabe porque hizo investigar a todos esos compañeros de infancia que tan poca compañía le hicieron.

El que más lejos llegó es gerente de una sucursal bancaria en el pueblo más remoto de Asturias. Una

sucursal del banco del que Rogelio es presidente y máximo accionista.

*Tanto correr en el campo, pero ninguno llegó a nada.*

Él sí. Él tiene un cuarto de baño de mármol en el que se podría jugar un partido de cinco contra cinco.

—Un baño, no: muchos y en muchas propiedades. Seguro que el listo de Miranda caga en un cubo —dice en voz alta, ahora que no hay nadie en casa y no tiene que fingir esos modales que la estirada de su mujer le exige incluso delante del servicio.

—*My tailor is rich* —insiste la grabación.

—*Maitailorisrich* —repite Rogelio en voz alta mientras se seca con cuidado el cabello escaso. Repentinamente enfurecido, apaga de un golpe el iPad cuya pantalla parece empañada—. Coño, claro que mi sastre es rico. Y no es para menos, con lo que cobra por cada traje, el mamón.

Pero Rogelio Calzado recuerda las burlas periodísticas por su inexistente dominio del inglés, evidenciado durante una reunión internacional de banqueros, y vuelve a encender el aparato y pone en marcha el programa.

—*My name is...* —enuncia la voz magistral.

—*Mainaimis...* —imita Rogelio.

—*The children sing.*

—Eso, eso: que canten los niños —exclama Calzado, y limpia la pantalla del iPad con la toalla, cierra el programa de enseñanza de inglés para escolares y busca en la biblioteca musical del aparato hasta hallar el álbum deseado.

Como si se tratara de una broma particular, presiona con el índice y sonríe cuando el vapor se llena con los acordes de *Crisis? What Crisis?*, de Supertramp.

Y Rogelio se felicita una vez más por haber dado el fin de semana libre a los criados, y por el oportuno viaje de su

mujer a París, con la previsible intención de desvalijar, tarjeta en mano, las casas de alta costura de la capital francesa. Así puede disfrutar de un par de días en soledad y liberado de la obligación de simular un agobio que no siente.

Las cifras son claras: pese a la paranoia de los mercados bursátiles, sus acciones adquiridas por medio de discretos intermediarios no han dejado de subir en Wall Street y Tokio.

Rogelio Calzado canta, siguiendo al vocalista Roger Hodgson:

*I'm a poor boy,  
I can still be happy,  
As long as I can feel free.*

Y sonríe al comprender que comprende el significado de las palabras.

Sube el volumen, se envuelve en una bata mullida y decide celebrar la soledad con dos dedos de whisky, *y que le vayan dando a mi médico con sus prohibiciones, que él también se está haciendo rich a mi costa.*

Al salir al amplio ante-baño de mármol blanco sigue cantando hasta que su voz se estrangula frente a la presencia inesperada.

La figura viste un mono de trabajo que parece nuevo y lleva en la cabeza un casco amarillo de obrero.

Y no tiene cara.

Calzado recibe el golpe y cae hacia atrás, pero no llega al suelo con la violencia previsible, ni ocurre el golpe en la nuca que adivina mientras se desvanece, *morir así no, casi en pelotas no, por lo menos vestido con un buen traje, que al fin y al cabo My tailor is...*

La figura sin cara lo aferra en el aire por las solapas de la bata y lo deposita con suavidad maternal sobre el mármol.

Manos enguantadas le dan suaves cachetes en las mejillas para reanimarlo, y aunque Calzado vuelve en sí, se resiste a dejar que sus ojos se abran, no quiere ver esa cara sin cara. Algún resto de racionalidad le dice que es solo una careta blanca, pero eso solo lo asusta todavía más.

Los mismos dedos le abren la boca y ponen bajo su lengua un objeto metálico cuyo sabor le resulta familiar y secreto al mismo tiempo.

Intenta reconocerlo.

Es un disco circular. Delgado y con cierto relieve.

*Dulzón.*

El banquero comprende y se asusta de verdad.

Es una moneda. De dos euros.

*Sabe igual que una moneda de dos euros.*

Calzado piensa vagamente que preferiría morir antes que reconocer que conoce el sabor del dinero.

Y de inmediato se arrepiente de ese pensamiento.

Abre los ojos.

La cara sin cara, bajo el casco, lo mira sin ojos.

—Me llamo Nadie —dice.

Y le clava el destornillador en el cuello.



## 2

—... *prezik, Gefahr, небяспека, opasnost* — se sorprende a sí misma Dalia Fierro, murmurando al despertar, pero no deja de rezar la palabra «peligro» en tantos idiomas como conoce, y son demasiados.

Lleva años fomentando ese secreto hábito que le sirve para gobernar una voluntad, la suya, sólida como una locomotora, pero con tendencia a descarrilar. Y hasta puede que de vez en cuando se duerma traduciendo una palabra al azar y despierte horas más tarde afanada en sueños en la misma tarea, como si solo hubiera transcurrido un parpadeo.

Pero hasta ahora no le había ocurrido cuando duerme acompañada.

No logra reprimir una sonrisa triste al admitir para sí misma que, incluso chapoteando en la somnolencia, recuerda que «peligro» se dice *opasnost* en croata, *fare* en danés, y *nebezpečnostvo* en eslovaco, pero no el nombre del joven que duerme a su lado.

Dalia sigue traduciendo mentalmente mientras lo observa, desnudo y boca abajo en su cama.

Duerme con ese abandono invulnerable que solo exhiben, sin saberlo, los hombres que no han cumplido aún los treinta años. Como si la muerte, al igual que en aquel poema de Benedetti, fuera siempre la muerte de los otros.

¿Rodrigo? Tal vez Iván.

*No. Estoy casi segura de que no se llama Iván y tampoco fue terrible. Ni maravilloso. Fue... kwesokudla, se dice.*

«Correcto» en zulú.

*Aunque no es ningún zulú, bromea mientras lo mira.*

*Pero no estuvo mal.*

En todo caso, la sensación de alarma no puede deberse a ese chico que conoció anoche en un bar elegante, uno de los tantos que frecuenta sin repetir durante meses, cuando los volcanes se le despiertan dentro y amenazan una erupción que, por más lava que acumule, *siempre acaba en lluvia de ceniza.*

Se pregunta, una vez más, por qué lo hace. Por qué busca y siempre encuentra compañías agradables (*becik* en javanés) y fugaces entre chicos a los que supera en edad por más de quince años.

La psiquiatra forense Dalia Fierro, irritante como siempre, conoce la respuesta: *lo haces para evitar un compromiso por improbable que sea, cualquier amor que desequilibre todavía más el deshilachado puente colgante de tu vida.*

La psicóloga Dalia Fierro, maternal y distante a la vez, matiza: *haces bien al dejar escapar los impulsos con cierta periodicidad, para controlarlos. No puedes volver a lo de antes. No debes.*

Y la mujer desnuda Dalia Fierro, más práctica, se dice: *sí, sí, lo que tú quieras, pero te encanta que, a tus cuarenta y ocho años, estos chicos que parecen estatuas clásicas te deseen y hasta te llamen para repetir, aunque tú no repites, maldita idiota.*

Las tres Dalias, tres de muchas que son la misma, admiten que el motivo, el verdadero motivo de esas elecciones, es más simple y casi elogiado: *así no te acabas*

*tirando, en uno de tus baches de melancolía, al pobre Martín.*

Martín es su secretario en la consulta, veintisiete años, portador de una belleza imponente, de león joven, poderoso... y enamorado de Dalia con devoción de labrador retriever. Cada vez que ella presiente la tentación de caer en la tentación de dejarse adorar, sale por las noches y vuelve a casa con alguien que se parece a Martín, *pero no es Martín y es lo que cuenta.*

Así que no puede ser este chico (*¿Fabián? No, eso suena un poco argentino y creo que me dijo que era de Salamanca*) lo que la ha despertado traduciendo «peligro» entre murmullos.

Nada hay que altere a Dalia Fierro hasta ese extremo.

Nada ni nadie.

*Al menos nadie que viva en España.*

El nombre le llega desde lejos, desde un lugar con sol de mentira y orden arrojado en las costumbres.

No quiere pensar en él.

Convocarlo al evocarlo es un error. El peor de todos.

*No debo pensar en Severo Justo.*

Ya lo ha hecho.

—*Tanga, tanga, tanga.* — Se llama a sí misma «idiota» en filipino.

—Creo que te lo quité en el salón —murmura el chico desnudo, mientras se despereza—. Pero no te lo pongas todavía, porfa. Estás más guapa sin nada.

Se gira, la acaricia y se acerca y ella lo deja acercarse, tanto como es posible, hasta que no es posible estar más cerca. Todas las Dalias que son Dalia colaboran con la urgencia de quien necesita sentir en exceso para no pensar.

Y casi lo consigue.

Un rato más tarde, cuando estalla, en lugar de la habitual explosión de luz estilo supernova, Dalia ve, detrás de sus párpados, cosido del revés, un destello tibio y remoto.

Como el sol de Bruselas.

### 3

El presidente del Gobierno sueña que sueña que suena el Teléfono Rojo. Que no es rojo, sino negro. Pero él sueña que sueña que suena. Y eso lo asusta, porque ese teléfono no debe sonar. Despierta agitado.

El teléfono está en su sitio, sobre la mesa baja en una esquina del dormitorio. Su carcasa imita con eficacia a los viejos aparatos con disco para marcar los números, aunque dentro oculta tecnología de última generación y una línea imposible de intervenir.

Pero es de color negro. *Y yo lo quería rojo.*

Su mujer se remueve en la cama. Él mira, expectante, hacia el teléfono rojo que no lo es. El dormitorio sigue en silencio.

El presidente respira lentamente. Si siguiera acudiendo a terapia con la doctora Fierro, ella le haría entender que ese sueño no es más que una expresión del estrés provocado por el ejercicio de su cargo, acaso una de sus típicas proyecciones pesimistas que trata de ocultar con un sentido del humor siempre dispuesto a las bromas. Pero, desde que se perfiló como posible candidato a la Presidencia, sus asesores se mostraron amablemente inflexibles al respecto: nada de terapia.

El presidente consulta la hora.

*Las seis de la mañana, pero ya es domingo y podré dormir un rato más, decide. Luego correré un poco por el parque, hay que avisar al fotógrafo.*

Y decide también que hará cambiar el teléfono negro por uno rojo.

*Aquí el presidente soy yo, se recuerda.*

Y los asesores, que se pongan como quieran.

Al fin y al cabo, casi nadie sabe de la existencia de ese teléfono. Una línea totalmente segura, para avisarle en caso de catástrofe. De allí que él insistiera en llamarlo el «Teléfono Rojo», como en aquellas películas de espías que veía de niño. Pero sus asesores le advirtieron que había que evitar cualquier matiz ideológico que pusiera en tensión las diferentes sensibilidades del partido.

*No entendieron que era un chiste.*

Al presidente le encanta hacer chistes. Pero sus asesores insisten, desde el respeto, en recomendarle evitar cualquier intento humorístico, porque en un líder joven, como es su caso, el humor se podría confundir con frivolidad.

*No entienden nada.*

Sus colegas de otros países tampoco. Apenas ríen de sus chistes, *pero eso es que al traducir al inglés se pierde la gracia.*

Se acomoda para seguir durmiendo. El teléfono no sonará. *Nunca suena.*

Si España tuviera un buen arsenal atómico, ese teléfono tendría sentido.

*Pero si hay alguna emergencia nuclear, seguro que me entero antes por Twitter que por nuestros gobiernos amigos, se repite el chiste que hizo en el último Consejo de Ministros.*

*Vaya si se rieron.*

En especial, Interior y Defensa, que son los únicos que tienen acceso a esa línea para anunciar catástrofes. A



*juzgar por las cifras, habría que darle el número también a Economía, se dice mientras cierra los ojos.*

Nombrarlos mentalmente por su cartera ministerial es otra de esas bromas que no puede compartir para no escandalizar a sus asesores: *últimamente me duran tan poco los ministros que no vale la pena memorizar sus nombres, con el cargo me alcanza.*

Se acomoda contra el cuerpo de su mujer.

Y cuando comienza a dormirse, suena el teléfono.

Salta de la cama y descuelga.

—Perdona la hora, presidente. —Es Interior—. Tenemos una emergencia.

—¿Un atentado?, ¿ha caído algún avión? ¿Qué ha pasado?

—Que han asesinado a Rogelio Calzado. El banquero.

—Sé quién es.

—Era. Se lo cargaron ayer en su mansión. Un destornillador en el cuello y antes le llenaron la boca de monedas de dos euros.

—Joder. No es que no se lo mereciera, pero... ¿Esa es la emergencia?

—El comienzo de la emergencia. Ya hay tres muertos anteriores y recientes con el mismo *modus operandi* : la cabeza envuelta en *film* de cocina hasta borrar los rasgos y, sobre el pecho, una nota con la firma: «Me llamo Nadie».

—No había oído nada de eso.

—Lo mantuvimos en secreto para evitar una alarma social.

—Bien hecho. Pero sigo sin comprender por qué es tan grave...

—Las víctimas anteriores no eran tan relevantes. Un constructor estafador en Valencia, un pequeño traficante de

drogas gallego en ascenso y un empresario de Murcia que abusaba sexualmente de su hija.

—Delincuentes comunes. ¿Qué tienen que ver con el banquero más importante de España?

—Todos salieron bien librados. Ninguno fue a la cárcel. Buenos abogados, fallos del sistema... En cuanto a Calzado... ¿Tengo que recordarte que si no terminó entre rejas fue porque se le hizo una ley a medida?

—¡Pero eso fue cuando gobernaban los otros!

—Con nuestro silencio, presidente. Hubo un pacto y lo sabes.

—¿Estás seguro de que esta línea es... «segura»?

—Totalmente. ¿Te das cuenta de lo que supone esta serie de muertes? No está matando personas, sino estereotipos. ¡El tal Nadie está ejecutando gente que, a los ojos del populacho, merecía morir!

*Populacho*, repite en su cabeza el presidente. *Vaya anacronismo.*

—Hemos podido mantener el asunto lejos de los medios, pero con lo de Calzado comenzarán a husmear... y acabarán por enterarse. La gente está más aburrida que furiosa, pero esto encenderá la mecha del descontento popular... ¿Te imaginas lo que pueden hacer las redes sociales con algo así?

—Joder. Es cierto... ¡Hay que atrapar a ese cabrón!

—¿A alguien que se cuele como si nada en la casa de Rogelio Calzado, la más segura del país? Imposible, o casi. Detendremos a un par de activistas antisistema, pero no creo que la acusación se sostenga. Atrapar al asesino no es nuestra prioridad, presidente.

—¿Y cuál es?

—Tomar la previsión necesaria para minimizar daños cuando el «caso Nadie» estalle, que estallará. Demostrar

que no escatimamos medios para atrapar al asesino de Calzado, y si por casualidad se consigue, ponernos la medalla. Y si no lo atrapan, poder soltar lastre...

—¿Qué tienes en mente?

—Crear una brigada especial, darle independencia y toda la publicidad posible. Poner al frente a alguien irreprochable. Y cuando fracase, arrojarlo a los leones. Lo de siempre.

Mientras hablan, el presidente se mira en el espejo. La luz de la lámpara lo ilumina desde abajo, todo el cuerpo. Pero deja su cara en penumbras.

Como si estuviera borrada.

O envuelta en *film* de cocina.

—Me parece un buen plan —dice en voz baja—. Pero habrá que moverse con rapidez. ¿Cuánto tardarás en organizar todo el circo?

Interior carraspea.

—Yo... No quise molestarte con los detalles, presidente. Así que ayer mismo dispuse la creación de la Brigada Especial de Crímenes Internacionales... Y mandé un comunicado a la prensa que se publicará en unas horas. ¿Te parece mal?

—Al contrario, me gusta que tengas iniciativa. —El presidente piensa que ya tiene a quién culpar si hay que soltar más lastre en el futuro—. Pero... Hablaste de poner al frente de la brigada a alguien irreprochable. ¿Nos quedan de esos?

—Uno. Lo llamaré dentro de un rato para informarle de su nombramiento.

—¿Quién va a querer clavarse a sí mismo en esta cruz?

—Un hombre con más sentido del deber que sentido común. El candidato ideal.

## 4

El sol de Bruselas es un sol de mentira, de pintor flamenco resignado a repetir de memoria una calidez que le queda demasiado lejos, una lámpara ecológica y correcta que no derrocha luz ni calor. Un sol tan tímido que ni siquiera brilla los domingos para no perturbar el descanso de los habitantes de la ciudad, tan madrugadores el resto de la semana.

Severo Justo agradece ese sol de invernadero, ya que anoche olvidó correr las cortinas y levantarse a cerrarlas ahora despertaría a Giselle.

Giselle ronca levemente.

Y sonríe levemente.

Huele levemente a sexo.

Y eso es contradictorio, porque lo único que no resulta etéreo en ella es su manera de poseerlo con furia inesperada para creer que él la posee.

Y Severo Justo hace décadas que no posee nada.

Tendido en la cama, delgado, desnudo y con los brazos abiertos, con el cabello algo más largo de lo que se lleva y la barba cuidada, Severo Justo, visto desde arriba, parecería un cristo posmoderno. Así se siente y se arrepiente de sentirse.

*Pecado de Soberbia, por lo menos, y si aún acudiera a confesarse periódicamente, sería lo primero que le contaría al sacerdote.*

«A veces me creo un santo, pero solo soy un pecador que no se atreve, padre», le diría al cura mucho más joven que él y que le recuerda a él cuando creía que podía creer.

Además, difícilmente la imagen del Cristo tuviera enroscada un cuerpo sinuoso y desnudo como el de Giselle.

Ella suspira y hunde su cara en el cuello de Justo.

El hormigueo, entre sus piernas, le devuelve fragmentos de la noche anterior, de todas las noches anteriores con Giselle, que ella vive como si ya supiera que un día no tendrán más noches juntos.

Severo recrimina a su sexo la felicidad improcedente de horas antes, la alegría con que se hunde en ella y le sigue el paso y la alcanza en ese baile casi animal que Giselle necesita para no pedir otros afectos que él no podrá darle, porque no los tiene.

Tenía dos afectos.

Pero ya no.

Los atropelló hace veinte años un coche de lujo sin identificar, probablemente un Mercedes, un domingo cualquiera en un barrio del centro de Madrid, dicen que iba a más de ciento ochenta por hora, que las calles, en verano y a mediodía, están casi vacías y Alicia y la niña, cruzando con el semáforo en verde, fueron un obstáculo menor en la carrera desenfrenada del conductor que chocó, mató y se dio a la fuga.

Pasa todos los días y no debería pasar nunca.

Cada mano de Severo Justo aferra una porción de sábana a ambos lados de la cama y la estruja. La torsión de los músculos, delgados pero firmes todavía a los cincuenta y dos años, mueve la cabeza de Giselle, que murmura algo en francés.

*Mejor no pensar.*

*Mejor no sentir.*

Mejor desaparecer un poco cada día, cumplir con el deber, dejar que Giselle se canse mansamente de intentar su milagro con un Lázaro que solo resucita de cintura para abajo.

*Otra herejía.*

Si Severo Justo se acordara de sonreír, lo haría.

Su remoto pasado como sacerdote le suena a vida de otro, tanto como su abandono de la vocación cuando conoció a Alicia, su fulgurante carrera policial, su matrimonio, su paternidad, su vida.

*Un reloj que lleva veinte años parado deja de ser un reloj y se convierte en una alegoría.*

Como el sol despintado de Bruselas, su sol desde que hace cinco años lo destinaron a la capital europea en Comisión de Servicio porque no sabían qué hacer con un comisario general tan condecorado y pegado al reglamento que hasta en Asuntos Internos molestaba.

Una colección de apodos siempre murmurados a sus espaldas.

«El cura.»

«El jesuita.»

«Monseñor.»

Los éxitos no sirven de nada si nunca los celebras. Los ascensos se usan para destinar lejos a quien se niega a mirar hacia otro lado cuando el delincuente tiene apellidos ilustres o amigos poderosos. Bruselas es un asilo para funcionarios que no sirven para nada o sirven demasiado.

Giselle se restriega, aún dormida, contra él, y esa porción traidora de su cuerpo, la que no sabe de lutos, se impacienta.

Un brazo adormilado de ella lo abraza, la otra mano baja como si resbalara sin prisa, hasta alcanzar el objetivo.



Severo Justo asume que su imagen con los brazos en cruz no es una herejía, sino el reconocimiento de una incapacidad.

Una invalidez.

Desde hace meses, cuando duermen —poco— juntos, Giselle lo abraza y no deja de hacerlo hasta que despierta.

Él nunca la ha abrazado.

Ni a ella ni a otras que hubo antes.

No sabe.

No recuerda.

*No puedo.*

Lo intenta ahora y nada.

Ella interpreta su movimiento como una invitación y se desliza sobre Severo, sin abrir los ojos. Él quisiera decirle que no, que ya es de día y que ella debería saber a estas alturas que solo por la noche, ciertas noches, permite que su cuerpo mande sobre su pena. Y nunca en domingo.

Pero es de mañana.

Y es domingo.

Siempre es domingo en una parte de la mente de Severo Justo.

Siempre serán las once cincuenta y cinco de la mañana y él no estará donde debía, un Cristo manco de abrazos.

Giselle juega a jugar que sigue dormida y se encaja lentamente en él.

Severo quiere que pare y quiere que siga, que además de su sexo ella haga desaparecer también su ira para nadie, su vida vacía, su miedo a quitarse la coraza y verse las heridas que nunca cicatrizan.

Pero no dice nada.

Suena el teléfono y él lo coge, porque a esas horas solo puede tratarse de una emergencia oficial y no suele haber emergencias en Bruselas.

Giselle, tan seria en sus funciones europeas, incluso temida cuando recorre los pasillos del poder comunitario, suelta una risita traviesa y sigue.

Él escucha, dividido, durante un momento.

El tono, al otro lado de la línea, tan al otro lado de la línea como puede estar Madrid, es inapelable.

Tono de ministro del Interior un domingo por la mañana, resolviendo de modo confidencial un asunto «de vital importancia» en la sede ministerial en lugar de estar en el *green* mejorando su *drive*, que deja mucho que desear frente al del titular de Exteriores.

La expresión de Severo cambia a medida que el otro resume los hechos y los antecedentes, que llegarán por vía segura a su oficina en pocos minutos. Giselle interpreta todo como un juego, uno de los pocos juegos que ese hombre callado al que ama se permite jugar con ella, solo en la cama, y redobla el ritmo de su trabajo feliz.

Severo Justo quisiera detenerla, pero no puede.

Está partido en dos, la mitad inferior tan viva que da miedo, la mitad superior congelada en el horror de lo que oye, en las promesas de medios ilimitados para cumplir la misión, en la estabilidad del país en sus manos, dice el ministro y no exagera.

Contesta a todo que sí y cuelga.

Siguen hasta que él estalla y ella celebra el estallido.

Severo Justo yace con los brazos en cruz mientras ella se desliza y se abraza a su pecho. Alentada por los murmullos de su amante siempre tan silencioso, sigue el ritmo de unas frases que no comprende, que quiere imaginar los cánticos de una nueva etapa en su relación.

De pronto, se detiene, alza la cabeza y lo mira.

Severo Justo llora en silencio.

Y reza.

Y su rezo suena como una despedida.

## 5

A Dalia le duele todo y eso es bueno, porque todo lo que le duele es explicable y, por ello, pasajero. Lo que no se explica duele para siempre.

«Dolor» es la palabra más temida en cualquier idioma, y por eso en casi todos se lo denomina con palabras breves: *bol* en croata, *valu* en estonio, *dor* en gallego, *pian* en irlandés, *đau* en vietnamita...

Podría seguir, pero se frena, antes de que la burla de las Dalias la enfurezca. Y para Dalia los domingos son lo más cercano a un limbo de paz que ha conseguido en años.

Así que, ya liberada de la intención de permanencia de Álvaro (*se llamaba Álvaro, era de esperar, tenía la saludable energía de un Álvaro de veintiocho años, que se transmutará en apatía a partir de los cuarenta y el segundo hijo, pero eso yo no lo veré*), camina por la casa vestida solo con una camiseta de hombre cuatro tallas más grande que la suya, parte de la colección que deja a la vista en el dormitorio para que sus ocasionales compañías den por sentado que hay un hombre permanente en su vida, que al fin y al cabo ella ya tiene edad para eso y más.

La Dalia terapeuta y la psicóloga se ponen de acuerdo para recriminarle, una mañana más, esas argucias infantiles, *que pareces más niña que esos niños, Dalia*. Y coinciden también en señalar la contradicción flagrante entre ese falso guardarropa preventivo y la tan poco